

Dalcastagnè, Regina. *Resistencia y representación en la Literatura Brasileña Contemporánea*. Buenos Aires: Biblos, 2015.

La incomodidad crítica de los marginales

Cristian Molina¹

Hay algo de provocación, pero también de pateo del tablero crítico en la propuesta que Regina Dalcastagnè ha estado transitando en sus estudios de literatura brasileña, algunos de los cuales forman parte del libro que la editorial Biblos publicó el año pasado, *Representación y resistencia en la Literatura brasileña contemporánea*, traducido por Lucía Tennina y Adrián Dubinsky. Provocación y pateada porque, desde la “presentación”, existe una clara consciencia del estigma con que la concepción de la literatura que se propone suele circular en algunos ámbitos –‘elitistas’ los llama la autora– de la academia:

En suma, para acoger a un autor o a una autora disonante, tenemos que hacer una inversión –lo que tiene sus costos–. Es una inversión simbólica ante nuestros pares, es decir, otros investigadores, que pueden disentir radicalmente de nuestra valoración de esa obra, y por eso enmarcarnos en nichos menos valorados dentro de la academia (en lugar de estudiosos literarios, pasamos a ser vistos como “esas feministas”, “esa banda de los estudios culturales”, “ese grupo que hace sociología de la literatura”). Y eso se repite, sin parar, en otros espacios entre agentes del campo literario (12).

Lo interesante de esa identificación de un poder de la academia que se multiplica a partir de descalificaciones de la lectura que no se realiza de acuerdo a unos parámetros más o menos puristas, específicos e, incluso, autodenominados en algunos casos como “filosóficos”, le permite a Dalcastagnè impugnar esa posición hegemónica, al tiempo que precisar y avanzar sobre la propia: la entrada en escena de autores y autoras que provienen

¹ **Cristian Molina** es Doctor en Humanidades y Artes (UNR), Investigador Asistente de CONICET y Profesor Adjunto en Literatura Europea. Es co-editor de Fiesta Ediciones, donde publicó *Relatos de mercado. Literatura y mercado editorial en el Cono Sur (1990-2008)*.

de los sectores marginales de la sociedad y la tensión entre sus escrituras y la de quienes escriben sobre ellos desde una posición jerárquica. Es decir, autores y autoras incómodxs, que desencajan con un perfil que ha hegemonizado la escritura –pero también la lectura– de literatura brasileña contemporánea y que causan un rechazo casi inmediato, porque “al final y al cabo, nos dicen ellos, esas personas tienen poca educación formal, poco dominio de la lengua portuguesa, poca experiencia de lectura, poco tiempo para dedicarse a la lectura” (11).

Para abordar estas constelaciones problemáticas, Dalcastagnè parte de la categoría de “representación”, un viejo y anacrónico término que en la crítica literaria argentina puede tener resonancias sospechosas. Pero la destreza de la crítica consiste en revitalizar este término, dotándolo de una significación más amplia y no restringida a la mimesis realista, puesto que “ahora es leída con mayor consciencia de sus resonancias políticas y culturales” (19). Representación será, entonces, una palabra que tensiona diversos contextos y significados en la literatura, las artes visuales y escénicas y en la política y el derecho, sufriendo un proceso permanente de contaminación de sentido. Por eso, “lo que se propone aquí no es simplemente el hecho de que la literatura ofrece determinadas representaciones de la realidad, sino que esas representaciones no son representativas del conjunto de las perspectivas sociales” (20).

De modo que si la mirada crítica interviene en el ya conocido problema de la relación entre literatura y sociedad, que la autora resuelve en diálogo con las perspectivas de Pierre Bourdieu sobre la legitimación simbólica y de Antonio Cándido sobre los modos en que la literatura refracta lo social en sus temas y formas, no lo hace, por esto mismo, desde un determinismo social que implicaría un *fatum* del que la literatura no puede escapar; sino, precisamente, demostrando el poder multiplicador de la literatura sobre esos determinismos sociales, haciendo que diversas posiciones irruman en escena y que se multipliquen las perspectivas, entre escritorxs pertenecientes a una misma clase social, alta, media o marginal. De ahí que su aparato crítico se interrogue sobre escrituras como las de Clarice Lispector, al mismo tiempo que la de Carolina Maria de Jesus, valorando en una la puesta en escritura de la dificultad de escribir sobre una nordestina, al tiempo que en la otra la irrupción de un sujeto fuera de lugar en la escena brasileña que hace coincidir autor con personaje en sus diarios íntimos. Y, al mismo tiempo, que repare en escrituras cínicas que propagan el mismo prejuicio y división social estigmatizando a los marginales con un tipo de violencia

animal, brutal, como en la escritura de Rubem Fonseca, sostendrá. De modo que, para Dalcastagnè, en la literatura se escribe lo social, se lo reinscribe, al tiempo que se problematiza la pertenencia de los sujetos que escriben en relación con la de aquellos sobre quienes escriben. Es decir, “toda esta literatura más marcadamente crítica está sugiriendo, a fin de cuentas, que la autoridad de quien habla por el otro debe ser cuestionada, tanto en términos literarios como sociales” (22). De este modo, la conjunción entre literatura y sociedad ya no es pensada en términos de determinación, sino en articulaciones múltiples y complejas, no lineales ni unidimensionales entre quien escribe y el otro sobre el cual lo hace. De ahí que Ferrez, y la literatura marginal, puedan ser leídos y valorados a la par de Sergio Sant’Anna, aunque estén socialmente en las antípodas.

Lo interesante es que, en una verdadera apuesta del libro, Dalcastagnè señala que el salto que ofrece la literatura brasileña contemporánea es el que va de la representación exotista del otro (marginal) a su auto representación, desde la década del ‘70 a la actualidad. Es decir, de ser objetos de la escritura, los marginales, en la literatura brasileña contemporánea, se han convertido en sujetos de escritura que hacen de sí mismos, a veces, su propio objeto o tema de escritura. Este salto implica diversos niveles de análisis, desde lo que pueden aportar a la literatura más allá o más acá del registro testimonial, hasta las perspectivas (literarias o del mundo) que son capaces de construir estxs escritorxs incómodxs en tanto tales.

Dalcastagnè entiende que la posición del crítico es, en este sentido, tan problemática como la de aquellxs que escriben lo marginal. Por un lado, porque desde una posición jerárquica y de validación tiende a introducir en la academia, textos y autorxs que han permanecido fuera de su ámbito, poco valoradxs o descartadxs directamente, lo cual supone una operación que puede ser sospechosa. Pero la autora sostiene que se hace necesario cuestionarse en tanto sujeto que valora determinados textos bajo el deseo de “representar un raro foco de pluralidad en un campo discursivo marcado por la uniformidad de la posición social de sus integrantes” (48).

Una uniformidad que en el capítulo “Las narrativas del racismo” queda en evidencia, mediante un muestreo estadístico que la autora realiza de 248 novelas de las editoriales más prestigiosas (Rocco, Companhia das Letras, Record, *Civilização Brasileira* y José Olympio), en las que advierte el racismo que permea la ficción y autoría brasileña: la mayoría de los

escritores y protagonistas son blancos, de clase media. Claro que el método de este capítulo en particular puede ser cuestionado como científicista e, incluso, como positivista, pero la autora despeja cualquier intento de clasificación epistémica cuando advierte que se trata meramente de partir de una base sólida y cuantificable para poder discutir sin que los contraejemplos se conviertan en motivos de impugnación. Pero ese método, entiendo, sobre todo en relación con la literatura contemporánea, se convierte en problemático por otro motivo: el muestreo editorial acotado del cual parte. Porque, ¿qué sucedería si se incorporara un muestreo que abarcara editoriales pequeñas, autogestivas, o incluso publicaciones online? ¿Qué pasaría si se incorporasen los libros de los saraus, o no solo se abarcara la narrativa? Porque a fin de cuentas todos son parte de la literatura brasileña y todos forman autorxs y escritorxs. En este sentido, ¿los resultados serían los mismos? El muestreo, entiendo, acota demasiado la potencialidad del método al concentrarse y dar por sentado que la única validez para la literatura la poseen las editoriales con prestigio.

Sin embargo, las respuestas quedan abiertas, y sostienen el interrogante sobre la validación crítica en un momento en que el valor ha sido puesto en entredicho. En este sentido, la posición crítica de la autora se cuestiona a sí misma en varias oportunidades, no solo señalando con insistencia las dificultades de los métodos y modos de lectura, sino la diferencia desde donde se lee en relación con los textos y los sujetos de esos textos que se leen. Una dificultad que en uno de los foros del Centro de Estudios en Literatura Argentina del año 2014, volvió con insistencia en la exposición y en los intercambios de la autora con los participantes y que ahora, cuando releo el libro nuevamente, tiene un respuesta aún mínima, pero igualmente polémica: "Son esas voces que se encuentran en los márgenes del campo literario, esas voces cuya legitimidad para producir literatura es permanentemente puesta en cuestión, quienes tensionan, con su presencia, nuestro entendimiento de lo que es (o debe ser) lo literario" (14). Lo que Regina Dalcastagnè encuentra, entonces, son voces que sacan al crítico de una posición cómoda y lo obligan con su potencia incómoda, de nuevo, a imaginar otras posibilidades para la literatura brasileña en la contemporaneidad. No hay mejor motivo que este para emprender una tarea crítica.